

La nación y los pueblos indios en los tiempos del cólera

Gilberto López y Rivas

Se le retira al gobierno federal la custodia de la patria. La bandera de México, la ley suprema de la nación, el himno mexicano y el escudo nacional estarán ahora bajo el cuidado de las fuerzas de resistencia, hasta que la legalidad, la legitimidad y la soberanía sean restauradas en todo el territorio nacional.

Tercera Declaración de la Selva Lacandona

Resumen

Entre los grandes temas en debate del mundo contemporáneo, la cuestión nacional tiene un lugar de primer orden. De los múltiples problemas que involucra el tema, el autor enfatiza, por una parte, en los diversos proyectos que se enfrentan en el Estado-nación actualmente y, por otra, en la presencia de los pueblos indios en los proyectos nacional-populares en la región latinoamericana. Dos perspectivas teórico-políticas se enfrentan hoy en torno a la cuestión nacional: una que busca reafirmar las identidades nacionales y otra, la neoliberal, que intenta debilitarlas.

Abstract

National question is one of the great themes debates at the contemporary world. From the various problems involved here, the author emphasizes, in one hand, the multiple projects facing Nation-state today, in the other, the presence of indian nations at popular national projects on latinoamerican region. Two theoretical-political perspectives are shown which faces the national question: the one seeks remark the national identities, and the other one, neoliberal, which tries to debilitates them.

El estudio de la cuestión nacional, que trata fundamentalmente de los problemas de la nación, su composición étnica y racial, y sus diversas formas de dominación internas y externas, es una de las temáticas de mayor actualidad en este fin de milenio.

La desaparición de la URSS, las guerras entre grupos nacionales en la ex-Yugoslavia y en la región del Cáucaso de la actual Federación Rusa, los enfrentamientos étnicos y raciales en India y en algunos países de África, las graves condiciones de miseria y discriminación en las que viven los pueblos indios de América, la subordinación minoritaria de las nacionalidades chicana y negra en Estados Unidos, el resurgimiento del racismo en buena parte de Europa, y la estremecedora sublevación indígena en Chiapas, son tan sólo algunos de los

problemas que la investigación de la cuestión nacional debe enfrentar en los próximos años.

Asimismo, el estudio de minorías y grupos étnicos, nacionales y raciales, constituye un tema central de la antropología desde sus orígenes y posterior desarrollo. La literatura antropológica, en su mayor parte, centró su atención en la diversidad cultural de la especie humana, analizando a los grupos diferenciados de las colonias o de las áreas de influencia de las metrópolis capitalistas como unidades de cultura en sí mismas.

Con la expansión capitalista a nivel mundial, se impone el Estado-nación como forma de organización política, en los territorios de África, Asia y América Latina liberados del colonialismo. Así, los problemas de diferenciación cultural y racial se dan en los marcos de sociedades nacionales en las que se establecen políticas de Estado que oscilan entre la asimilación-integración y la segregación-reproducción de las diferencias, ambas bajo diversas estructuras de dominación. Igualmente, los propios grupos étnicos y raciales responden a esas políticas a partir de diferentes estrategias, encaminadas a garantizar la sobrevivencia del grupo o de los individuos que lo integran, desde la resistencia, en cualquiera de sus formas, hasta la aceptación forzada o voluntaria de las políticas asimilacionistas o diferencialistas.

Habiendo trabajado anteriormente en el problema de la definición conceptual de la nación y los avatares de la misma en el neoliberalismo,¹ en este trabajo pretendo exponer dos problemas esenciales de la cuestión nacional, íntimamente interrelacionados: por un lado, los diversos proyectos nacionales que se enfrentan en el interior del Estado-nación contemporáneo y, por el otro, la presencia de los pueblos indios en los proyectos nacional-populares de nuestra América.

Proyectos nacionales en el Estado-nación contemporáneo

Como trasfondo conceptual de lo acontecido en México en 1994, a raíz de la sublevación indígena del 1º de enero, observamos de manera reiterada un debate ideológico en torno a la nación, para redefinir los términos y las condiciones de su existencia interna y de su inserción en el mundo exterior; en torno a las formas y contenidos en que, de acuerdo a las distintas fuerzas sociales y políticas en

¹ Ver Gilberto López y Rivas, *Antropología, minorías étnicas y cuestión nacional*, México, ENAH-Aguirre y Beltrán, 1988; Alicia Castellanos y Gilberto López y Rivas, *El debate de la nación, cuestión nacional, racismo y autonomía*, México, Claves Latinoamericanas, 1992; Alicia Castellanos y Gilberto López y Rivas, "Grupos étnicos y procesos nacionalitarios en el capitalismo neoliberal", en *Nueva antropología*, núm. 44, agosto de 1993, pp. 27-41; Gilberto López y Rivas, "Nación y neoliberalismo", en *Memoria*, abril de 1994.

conflicto, pudiera desarrollarse en el futuro inmediato el Estado nacional mexicano. Así, durante el año transcurrido, alcanzó particular fuerza el cuestionamiento popular y democrático (expresado fundamentalmente en los movimientos cardenista y zapatista) al sistema nacional de hegemonía imperante, sin fracturas mayores desde el triunfo de la Revolución de las primeras décadas de este siglo.

Como en muchos otros países, es evidente para el caso mexicano la existencia de proyectos nacionales divergentes y antagónicos, que luchan por imponerse y que son, a su vez, la expresión de tendencias sociopolíticas que, a escala internacional, buscan realizar transformaciones en la nación y en el Estado-nación surgidos durante el siglo XIX, para enfrentar, desde muy diferenciadas perspectivas, los retos de este fin de milenio. Identificamos, en este contexto, a las clases y los grupos sociales que otorgan su confianza al modelo neoliberal, para el cual las naciones no tienen razón de existir, en función de procesos integrativos regionales y mundiales, con fronteras que virtualmente desaparecen ante el embate del mercado corporativo, y soberanías cada vez más limitadas, frente al intervencionismo de organismos supra o multinacionales, que dictan las políticas económicas, sociales e, incluso, militares, para nuestros países, por encima de los Estados nacionales vigentes todavía.

Con todo, las metrópolis del neoliberalismo presentan posiciones contradictorias en lo que se refiere al Estado-nación actual. Por una parte, estos centros del poder mundial reafirman el derecho de penetración del capital en cualquier parte del mundo, reclamando la apertura ilimitada y sin restricciones de las fronteras, presionando al máximo a los Estados nacionales que defienden su soberanía, sus recursos, su fuerza de trabajo; por otra parte, estas mismas metrópolis capitalistas –actualmente hegemónicas por Alemania, Japón y Estados Unidos– mantienen, paradójicamente, políticas proteccionistas para sus propias economías, capitales y recursos. Así, el neoliberalismo mantiene un doble discurso: por un lado, proclama el fin de los Estados nacionales en favor de un cosmopolitismo capitalista, pretendiendo aniquilar los sentimientos nacionales de los pueblos, mientras que, por el otro, basa sus políticas en un nacionalismo estatista exacerbado, de carácter expansionista y racista, que subordina bajo su dominio incluso a sus propios pueblos.

De esta manera, se desarrollan dos perspectivas básicas, en lo que respecta a la cuestión nacional de nuestros días. Una, es la reafirmación de las identidades nacionales de los pueblos en favor de un movimiento de desarrollo pleno de la nación en el marco de la democracia, en la más amplia acepción del término. La otra, neoliberal, intenta debilitar estas identidades, provocar la disolución de los sentimientos de lealtad para con la nación, es decir aquéllos identificados con la historia de resistencia nacional de los pueblos oprimidos y explotados. Se trata

de una tendencia que debilita los Estados nacionales del capitalismo del subdesarrollo, a partir de una alianza estratégica entre los grupos monopólicos de los centros del poder mundial y los grupos oligárquico-financieros locales que dominan o hegemonizan esos Estados nacionales.

Esto significa que el nacionalismo, sentenciado a morir o a desaparecer como un fenómeno "reaccionario" de fin de siglo, y que en Europa es ubicado como "tribalismo", seguirá jugando -junto con el socialismo libertario o democrático- un importante papel en el desarrollo de nuestras naciones.

Aquí encontramos la tradicional visión eurocéntrica del problema nacional, que llegó a impregnar sustancialmente las corrientes marxistas desde sus orígenes mismos. No está de más recordar que Marx y Engels calificaban como "pueblos sin historia" a todas aquellas nacionalidades que no habían podido constituirse como Estados, y que consideraban a países como México aptos para ser redimidos por la civilización capitalista, en este caso, a partir de la invasión y anexión de sus territorios por parte de Estados Unidos.²

Actualmente, incluso teóricos tan connotados como Eric Hobsbawn pretenden condenar como negativa a la ideología nacionalista.³ Otros autores parten de sucesos como los que están ocurriendo en la ex Yugoslavia y en la ex Unión Soviética e identifican como nacionalistas los postulados y las prácticas de "limpieza étnica" y de profundo resentimiento nacional entre los distintos grupos nacionales de esos países. No se toma en cuenta que, en la larga formación de nuestras naciones latinoamericanas, por ejemplo, se desarrolla un nacionalismo de sobrevivencia, un nacionalismo defensivo, no expansionista, no agresor, que, por el contrario, llevó a muchos de nuestros pueblos a luchar contra las invasiones extranjeras, a luchar contra las tiranías y dictaduras internas, conformando a lo largo de estos procesos una comunidad histórico-nacional denominada pueblo-nación.

Así, podemos establecer una diferencia específica entre el nacionalismo estatista y el nacionalismo popular, enraizados ambos en la historia misma de las naciones, incluso de las naciones europeas "clásicas". Nos referimos a dos procesos contradictorios y confrontados entre sí. Uno, es el papel que la burguesía juega como la fuerza hegemónica que introduce la idea de nación, que establece las naciones contemporáneas a partir de su hegemonía política y militar, esto es estatal, sobre territorios determinados. Son naciones que surgen

² Ver Salomón Bloom, *El mundo de las naciones: el problema nacional en Marx*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1975; Horace Davis, *Nacionalismo y socialismo*, Barcelona, Ediciones Península, 1972; Karl Marx y Friedrich Engels, *Imperio y colonia, escritos sobre Irlanda*, México, Cuadernos de Pasado y Presente, 1979; George Haupt, Michael Löwy y Claudie Weill, *Los marxistas y la cuestión nacional*, Barcelona, Fontamara, 1982, y Roman Rosdolsky, *El problema de los pueblos sin historia*, Barcelona, Fontamara, 1979.

³ Eric Hobsbawn, *Nation and nationalism since 1780*, Londres, Canto Edition, 1990.

de fuerzas burguesas en busca de mercados internos permanentes; de la necesidad de fronteras que delimiten un territorio en el que se uniforme jurídicamente la explotación del trabajo por el capital, a través de códigos legales, lingüísticos y culturales. Estas son burguesías emergentes, que dirigen los movimientos nacionalistas e imprimen sus características dominantes a las naciones, las que, en suma, se constituyen en la fuerza política que orienta el proceso nacionalitario.

También, desde el propio surgimiento de las sociedades nacionales, tenemos la presencia de otro sujeto sociopolítico conformado por las clases explotadas y marginadas, las clases desposeídas: obreros, campesinos, sectores de la intelectualidad, las entidades socioétnicas subordinadas. Este conjunto de clases y grupos sociales, que forman el pueblo, va integrándose a los procesos de conformación de la nación en una permanente lucha por sobrevivir y desarrollarse, por romper con los esquemas de dominación y explotación capitalistas. El pueblo-nación también le imprime características peculiares a la nación, a través de su participación en las luchas por la independencia nacional, por mejores condiciones laborales y sociales, por medio de una actividad y una resistencia permanentes en todos los espacios culturales, políticos y sociales.⁴

Esta idea del nacionalismo popular es tocada por Lenin, en un breve escrito intitulado "El orgullo nacional de los rusos",⁵ en el que especifica que el amor a la patria se expresa en la lucha contra la opresión de las clases dominantes —ideas que, por cierto, parecen jugar un importante papel en el discurso político del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN).⁶ Lenin no llegó a desarrollar su pensamiento en esta dirección, ya que, entre otras cosas, consideraba que los problemas nacionales culminaban con la independencia política. Ahora, está claro que la independencia política no es suficiente, que el desarrollo de la nación continúa desde una nación hegemónizada por la burguesía hasta el establecimiento de una nación democrática, hegemónizada por las fuerzas populares.

En este sentido, el desarrollo de la nación tendría que romper con los límites y superar las contradicciones de la nación burguesa, los cuales se expresan fundamentalmente en la explotación de clases, el racismo, la segregación de pueblos indios, la opresión peculiar de la mujer, la discriminación a grupos de edad, el control imperialista de nuestras economías y sociedades. Estas contradicciones

⁴ Ver Jorge Ibarra, *Nación y cultura nacional*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1981 y Hans Kohn, *Historia del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1949.

⁵ V. Lenin, *Acercas de la emancipación social y nacional*, Moscú, Editorial Progreso, 1990. En esta obra Lenin afirma: "...no se puede 'defender a la patria' de otro modo que luchando por todos los medios revolucionarios contra la monarquía, los terratenientes y los capitalistas de la propia patria...".

⁶ Ver *Tercera Declaración de la Selva Lacandona*.

se dan en el interior de nuestras naciones y las luchas por superarlas constituyen la esencia misma de la cuestión nacional de nuestros días. Por eso, el nacionalismo basado en la conciencia de la composición clasista de la sociedad, de las problemáticas étnicas, raciales y de género, fundamentado en los intereses de las grandes mayorías nacionales, puede llevar adelante la tarea de establecer la hegemonía popular en nuestras naciones, tomando en cuenta las traumáticas y aleccionadoras experiencias de los "socialismos reales" de este siglo.

Para lograr este propósito, es preciso superar la vieja idea marxista sobre la misión histórica de una clase destinada por la Providencia a liberar a la sociedad nacional en su conjunto. En este sentido, es necesaria la crítica profunda a las posiciones obreristas o proletaristas, que magnificaron el papel que la clase obrera desempeñaría en la construcción de la nueva sociedad. La cuestión nacional se manifiesta con tal amplitud y profundidad en el entramado socioeconómico y político de la nación que no puede descansar en el protagonismo de una clase o sector nacional, por importante o "estratégico" que éste sea.

Esto significa que los programas de los movimientos populares en la lucha por la hegemonía nacional tienen que contemplar al conjunto de las reivindicaciones de todas las clases nacionales y de los sectores socioétnicos que integran a la nación. Esto llevaría a dar tanta importancia a las reivindicaciones de la clase obrera como a las de los pueblos indios; a establecer también, en la jerarquía de los problemas nacionales, las demandas específicas de mujeres, jóvenes, niños o ancianos. Es necesario reconocer toda la riqueza, toda la gama de posibilidades de la composición social y socioétnica de la nación, con el objetivo de contar con un proyecto contra-hegemónico, no de naturaleza "proletaria" o "campesina", sino un programa contra-hegemónico nacional, que cubra todos y cada uno de los sectores que conforman la sociedad nacional.⁷

Esto lleva a la necesidad de asumir las demandas de ciertos sectores que tienen una gran importancia económica, como es el caso de ciertos núcleos de la burguesía que pretendan participar en un proyecto de construcción de un nuevo tipo de nación. Los sandinistas calificaron a estos sectores como "burguesía patriótica", término que podría llevar una contradicción en sí mismo. Con todo, en un proyecto centrado en el desarrollo económico interno de la nación, ciertos estratos de la burguesía, no necesariamente aquellos relacionados estrechamente con el anclaje del neoliberalismo, podrían coincidir, en función incluso de su sobrevivencia, con un proyecto nacional-popular.

⁷ Ver Leopoldo Mármora, *El concepto socialista de nación*, México, Cuadernos de Pasado y Presente, 1986.

Los pueblos indios en el proyecto nacional-popular

En el marco de este tipo de proyectos nacionales, somos testigos de un proceso de restauración étnica de los pueblos indios de México y de América Latina en general. La presencia de los pueblos indios como sujetos políticos activos es un hecho cada vez más evidente, y se expresa en el carácter de sus organizaciones, en sus reivindicaciones cada vez más estructuradas, que podrían ser sintetizadas en la demanda central de autonomía.⁸

Estos pueblos se tornan en un poderoso impulsor de la lucha nacional con contenido democrático-popular, como lo ha demostrado el caso mexicano. Se constituyen en sujetos históricos de las transformaciones contemporáneas, aquellos a los que es imposible de considerar como "aliados secundarios", criterio que desgraciadamente es mantenido aún hoy en día por muchas organizaciones de la izquierda latinoamericana. Uno de los peligros más graves que puede sufrir el movimiento popular es omitir la problemática de los pueblos indios de sus plataformas programáticas, o relegarla a sus aspectos meramente culturales o periféricos.⁹

Asimismo, es preciso combatir todo tipo de exclusivismo étnico, en el sentido de considerar a los pueblos indios como transhistóricos, viviendo en la armonía interior y con la naturaleza, sin sufrir las contradicciones básicas de la sociedad nacional. Contrariamente a la visión de algunos pensadores de la corriente etnicista, el "México profundo" se encuentra permeado por las contradicciones de clase del "México imaginario", sin que estas consideraciones demeriten en modo alguno el valor social y cultural de esos pueblos como parte fundamental del patrimonio nacional de todos los mexicanos.

La presencia indígena en las luchas nacional-populares debe asumirse independientemente de los aspectos demográficos. Poco importa si la población indígena constituye una mayoría, como en el caso de Guatemala, o que no alcance siquiera el 1 por ciento de la población, como ocurre en Brasil. Hay razones históricas que deben ser tomadas en cuenta, en el sentido de que los pueblos indios son descendientes de los habitantes originarios del continente, antes de la invasión europea. No estamos defendiendo los llamados "derechos aborígenes" de esos pueblos sobre los territorios que alguna vez ocuparon; sólo hacemos referencia a razones de justicia, basadas en los procesos de genocidio, etnocidio, explotación económica y discriminación social y política que estas

⁸ Ver Héctor Díaz-Polanco y Gilberto López y Rivas, "Los Fundamentos de la Autonomía Regional", en *Antropología Americana*, 1994.

⁹ En este sentido, es notable la reticencia de la dirigencia del Partido de la Revolución Democrática (PRD) para aceptar plenamente el proyecto de autonomía, tanto en el discurso como en acciones tendientes a concretar su apoyo efectivo a la lucha de los pueblos indios.

poblaciones han sufrido durante cinco siglos. Este pasado-presente de dominación es común denominador de la problemática de los pueblos indios, independientemente de su peso demográfico en la población total de nuestros países.

Otro elemento común al movimiento político contemporáneo de los pueblos indios es que la propuesta básica de su estrategia liberadora es la autonomía, como la expresión esencial de su derecho a la libre determinación. El término de *libre determinación* implica que determinado sujeto socioétnico, considerado como pueblo, puede, en todo momento, decidir su propio destino en el marco de un Estado-nación; o que el desarrollo de sus procesos políticos internos puede llevarlo a la conformación de una entidad de naturaleza nacional que, en algún momento, opte por el derecho a la autodeterminación, lo que significa, en el sentido estricto, el establecimiento de su propio Estado nacional, situación que se presenta de manera recurrente en Europa. En América Latina, la libre determinación, en prácticamente todos los casos, se expresa en términos de autonomía, de manera implícita o explícita.

Así, la autonomía no sólo no va en contra de la unidad nacional, no sólo no constituye un problema de seguridad nacional —como sostuvo hasta el final de su gobierno Carlos Salinas de Gortari— sino, por el contrario, es la mejor forma de resolver problemas que, de continuar profundizándose, podrían llevar efectivamente al separatismo. Esto significa, en suma, que, si los Estados nacionales actuales no reconocen y estimulan el derecho a la libre determinación de los pueblos indios, puede ocurrir que esos pueblos opten por ejercer su derecho a la autodeterminación. De esta manera, la autonomía forma parte integral de un proyecto democrático de Estado y fortalece la unidad nacional.

La autonomía, además, es una solución que toma en cuenta diferencias reales en la sociedad nacional. En consecuencia, se presenta como una política compensatoria de desigualdades históricas y actuales. Es necesario reconocer que existen grupos en el interior del pueblo-nación que sufren formas preferenciales y específicas de explotación y discriminación. En consecuencia, la autonomía debe ir acompañada de una voluntad política, dispuesta a promover el desarrollo equitativo de componentes esenciales del pueblo-nación. Por eso, la autonomía debe ser apoyada activamente por el Estado: no se trata solamente de reconocer derechos sobre tierras o gobiernos locales, sino que se trata también de establecer fondos nacionales para desarrollar las etno-regiones con servicios públicos, programas económicos, salud, educación, vivienda, etcétera. No tiene ningún interés el considerar a la autonomía como una especie de "museo vivo" o folklorismo indígena. Esta política compensatoria de apoyo a la autonomía de los pueblos indios permitirá que las desigualdades históricas, acumuladas de generación en generación, puedan desaparecer con el tiempo.

La autonomía es la delegación de competencias mutuamente acordadas entre sujetos políticos. Como su nombre lo implica, la autonomía no es una renuncia a la soberanía estatal nacional, sino una distribución de atribuciones y funciones que pueden ser complementarias, exclusivas o restrictivas de poderes federales, estatales, regionales y municipales.

La autonomía puede ser ejercida de manera diversa, sin que exista un esquema único para todas las circunstancias. Puede ser una autonomía regional pluriétnica, aconsejable para situaciones regionales en las que convivan mestizos y pueblos indios de diversos orígenes; puede ser una autonomía monoétnica, para el caso de la concentración territorial de un pueblo determinado; puede ser una autonomía personal-cultural, para poblaciones que vivan en territorios dispersos o en ámbitos urbanos donde se localizan poblaciones indias, como en el caso de la Ciudad de México. No obstante, la esencia básica de la autonomía es que los pueblos indios puedan decidir los proyectos económicos a poner en práctica, el tipo de gobierno, las formas de participación en los órganos de la jurisdicción del Estado, el destino y las condiciones de la explotación de sus recursos naturales, en suma, la forma de incorporación igualitaria y democrática a la sociedad nacional.

Así, hay una coincidencia, sea implícita o explícita, en el movimiento de los pueblos indios de América Latina en cuanto a considerar a la autonomía como la piedra angular de los procesos democratizadores que exige la nueva nación.

Indudablemente que la autonomía requiere de una permanente concientización de los pueblos indígenas y de la propia sociedad nacional. Lo importante, en este caso, es que exista el sujeto autonómico; si no existe, es una tarea fundamental apoyar el desarrollo hacia la autonomía de aquellos grupos que no han transitado por ese camino. No todos los pueblos indígenas de una nación determinada han alcanzado los niveles de compromiso político y de organización, que hagan posible la conformación de procesos autonómicos de manera uniforme en todo el territorio nacional. Por eso, una de las tareas esenciales del movimiento indígena y de sus aliados es el desarrollo y fortalecimiento del sujeto autonómico. No hay razón para pensar que los grupos que no han pasado por los procesos políticos que conlleva la autonomía, o que no mantienen una visión clara de los procesos nacionales, no puedan integrarse rápidamente como parte activa del sujeto autonómico. Para ello, es necesaria la voluntad política del movimiento popular en su conjunto en apoyo de la autonomía.

El establecimiento de la autonomía no puede ser entendido como una cuestión meramente administrativa o una mera declaración de principios políticos de respeto a las diferencias, especialmente en los aspectos culturales. Si así fuese, se estaría incurriendo en el reduccionismo culturalista que ha caracterizado al indigenismo, desde su surgimiento. La autonomía supone una posición de poder

político, sin la cual los procesos autonómicos derivarán en nuevas formas de dependencia y paternalismo.

Por eso, en el interior del movimiento popular y nacional, deben discutirse los principios y las características de la autonomía con los participantes indígenas en el mismo, sin el temor de ser estigmatizado como practicante de una nueva forma de paternalismo o de ser acusado de intervenir en la dinámica interna de sus culturas, argumento utilizado muy frecuentemente por los relativistas culturales.

En esta dirección, no podemos subestimar a los pueblos indígenas. No podemos pensar que cualquier acción del movimiento popular tenga necesariamente un propósito imperativo, o de injerencia. Esto sería caer en el populismo, en el etnopopulismo, en el sentido de considerar a esos pueblos como crisálidas, como piezas de museo, que no cambian, que no toman decisiones, que no incorporan a sus tradiciones políticas, por ejemplo, cuestiones tales como el socialismo o el nacionalismo. La politización de los pueblos indios que integran el EZLN son una muestra de esta capacidad adaptativa.

Por ello, debe quedar claro que la autonomía se basa en la necesidad de contar con una solución integral a la problemática étnico-nacional, con competencias políticas, económicas, sociales y culturales definidas. Con todo, la autonomía, básicamente, es una propuesta de carácter político, relacionada estrechamente con el problema del poder, con el problema del gobierno en todos los niveles de la jurisdicción del Estado. Por eso, consideramos como una cuestión esencial de la propuesta de autonomía la desaparición de toda forma de indigenismo, el cual es, por definición, antagónico al surgimiento y desarrollo del sujeto autonómico. Precisamente, uno de los postulados de la autonomía es reconocer la capacidad de los pueblos indios para autogobernarse, por lo que la tutela indigenista debe desaparecer.

Por ahora, es necesario avanzar en la ampliación de las alianzas entre los pueblos indios y el movimiento popular. Esta conjunción es clave para el establecimiento de una nueva sociedad nacional, en la que el pueblo-nación amplíe los horizontes de nuestras perspectivas hacia la puesta en práctica de un proyecto basado en la democratización del Estado-nación contemporáneo y en el establecimiento de esa hegemonía popular, que deberá fortalecerse día con día.